

La huella española en la independencia: Bernardo de Gálvez

Bernardo de Gálvez nació en 1746 en el pequeño pueblo malagueño de Macharaviaya en el seno de una familia de labradores, pero cuyo tío José de Gálvez ya se estaba labrando una importante posición como abogado en Madrid. Gracias a él, Bernardo pudo ingresar como oficial en el ejército francés la edad de 16, participando en la Guerra de los Siete Años, en la que apenas vio acción.

Entre 1769 y 1772, Bernardo de Gálvez fue destinado a las Provincias Internas del Virreinato de la Nueva España (actual norte de México y sur de los Estados Unidos). Sus acciones militares en defensa de los pobladores contra los constantes ataques de los Apaches no le impidieron estudiar sus costumbres con el objetivo de encontrar una manera de pacificar la región sin recurrir a la fuerza. Al mando de soldados y milicias locales, rechazó los prejuicios comunes entre oficiales profesionales peninsulares contra estas tropas. En sus propias palabras, «¿y qué importa al soberano que sea blanco o negro el que bien le sirve si el color del rostro se desmiente con la nobleza del corazón?». A lo que añadía, «y yo he visto una bandera más airosa y más bien defendida en las manos negras de un mulato que en poder de otras más blancas, pero más endeables».

A su regreso de América fue elegido para ingresar en la recién creada Real Academia Militar de Ávila en la que se formaría la élite no solo de oficiales sino también de administradores del imperio y donde entabló amistad con Francisco de Saavedra, José de Ezpeleta y Esteban Rodríguez Miró, con los que combatiría más tarde en la Luisiana y Florida.

En la fallida expedición contra Argel de 1775 resultó herido protegiendo la retirada de sus hombres. Una vez repuesto, fue nombrado coronel del Regimiento de Infantería Fijo de la Luisiana y gobernador interino de la provincia.

A su llegada a Nueva Orleans, comenzó de inmediato a preparar la que ya se percibía como inminente guerra contra Gran Bretaña. En primer lugar, asegurándose su retaguardia adoptando una serie de medias conciliatorias con la población local que apenas unos años se había rebelado contra la Corona española. Bernardo de Gálvez se integró a tal punto en la sociedad de Nueva Orleans que se casó con Felicitas St. Maxent, hija de una de las más importantes familias de la ciudad. Al mismo tiempo, desplegó una red de espías e informantes que le proporcionaron información sobre los planes de su futuro enemigo y, aún más importante, encauzó gran parte de la ayuda “secreta” del gobierno español a los rebeldes norteamericanos, suministrándoles armas, municiones, mantas, tiendas de campaña, uniformes, alimentos, etc.

Antes de que la noticia del inicio de la guerra entre Gran Bretaña y España llegara a la Luisiana, Gálvez partió de Nueva Orleans contra el fuerte británico de Manchac, Luisiana, que tomó por sorpresa. Poco después, conquistó por asalto Baton Rouge, pocos kilómetros al norte. Tras regresar a Nueva Orleans volvió a partir hacia su siguiente objetivo: Mobile. Superando numerosos reveses, logró conquistar el fuerte británico el 12 de marzo de 1780.

Con fuerzas insuficientes para cumplir sus órdenes de capturar Pensacola, solicitó refuerzos a Cuba, pero el alto mando de la isla no estaba dispuesto a cooperar en una empresa que consideraban excesivamente arriesgada y a su comandante demasiado joven, inexperto e incluso imprudente. Tras arduas negociaciones en La Habana, Gálvez logró reunir la mayoría de las tropas y embarcaciones necesarias y, en octubre de 1780, la expedición partió hacia Pensacola. No obstante, pocos días

después, un huracán azotó la flota, hundiendo varios barcos, dañando muchos de ellos y dispersándolos por todo el Caribe. Gálvez tuvo que resignarse y regresar a Cuba. En La Habana, solo la ayuda de Francisco de Saavedra, quien había llegado como enviado personal de su tío José de Gálvez, por entonces ministro de Indias, le permitió resistir todos los intentos de destituirlo.

El 28 de febrero de 1781, Gálvez partió de La Habana hacia Pensacola con poco más de 1.500 hombres. Esta vez, el viaje transcurrió sin incidentes y logró desembarcar en la isla de Santa Rosa, que cierra la entrada a la bahía de Pensacola. El acceso al interior no fue fácil, pues el comandante de la Armada de la expedición, José Calvo de Irazábal, se negó a entrar, alegando que era imposible hacerlo. Como la Armada no estaba bajo su mando directo, Bernardo de Gálvez abordó el Galvezton, un pequeño paquebote que había sido capturado en la Luisiana y por tanto bajo su autoridad como su gobernador, y se dirigió al interior de la bahía. Al regresar sano y salvo, Gálvez desafió a los oficiales de la Armada a que lo acompañaran, quienes no tuvieron más remedio que seguirlo. Las tropas desembarcaron y comenzaron los preparativos para el asedio. Pese a recibir algunos refuerzos desde Nueva Orleans y Mobile, aún eran precisos varios miles de hombres más que solo podían llegar desde Cuba. En La Habana, Francisco de Saavedra, tras muchas y complejas negociaciones, logró reunir una expedición de socorro integrada no solo por buques y tropas españoles, sino también por una escuadra naval francesa al mando del caballero de Monteil. Tras su llegada a Pensacola, el asedio culminaría en una rotunda victoria española y los británicos fueron obligados a rendir no solo la ciudad, sino toda Florida.

La siguiente misión de Gálvez fue ser comandante en jefe de la expedición conjunta franco-española contra Jamaica, el más importante bastión británico en el Caribe. Para ello, se trasladó a La Habana, primero, y a Guarico, actual Haití, después. En abril de 1782, cuando contaba con más de 9.000 soldados españoles bajo su mando,

llegó la noticia de que estaba próxima la escuadra francesa con las tropas restantes. No obstante, el 12 de este mes, la escuadra al mando del almirante de Grasse fue derrotada por la británica al mando de Sir George Rodney en la batalla de Saintes, con lo que Gálvez no tuvo más opción que posponer la invasión de Jamaica.

En enero de 1782 llegaron noticias de París informando de la firma de un tratado de paz entre las cortes de Londres, París, Madrid y los representantes de los Estados Unidos de América, reconocido finalmente como el Tratado de París de 1783. Bernardo de Gálvez y su familia partieron hacia la península Ibérica, donde permaneció casi un año a la espera de un nuevo destino.

Tras un breve periodo como gobernador general de Cuba, Gálvez fue nombrado virrey de la Nueva España. Durante su estancia en México, inició un amplio programa de reformas sociales, militares y económicas. Su personalidad abierta, alejada del estricto protocolo seguido por otros virreyes, le hizo muy popular entre las clases media y baja, pero despertó el resentimiento de la oligarquía tradicional mexicana. Este resentimiento no hizo más que acrecentarse cuando una grave hambruna asoló el Virreinato y Gálvez tomó medidas estrictas que obligaban a los ricos comerciantes a vender sus víveres a un precio fijo, impidiéndoles obtener grandes beneficios de la miseria de la población. Sólo ejercería el cargo de virrey durante menos de dos años, pues falleció el 30 de noviembre de 1786, a la edad de cuarenta años.

Escrito por Gonzalo M. Quintero Saravia, doctor en Historia de América por la Universidad Complutense de Madrid y en Derecho por la UNED, ha sido Fellow del Weatherhead Center for International Affairs de la Universidad de Harvard. Es autor de varios libros sobre la historia de América del siglo XVIII y principios del XIX. Su biografía sobre Bernardo de Gálvez publicada en Estados Unidos fue galardonada en 2018 por la Society for Military History con el Distinguished Book Award a la mejor biografía publicada en Estados Unidos.

Referencias

Quintero Saravia, Gonzalo M. *Bernardo de Gálvez: Un héroe español en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica*. Alianza Editorial, 2021.